

## EJEMPLARIDAD SOCIAL DE LA FAMILIA

Del estudio de las relaciones mutuas entre la familia y la sociedad se deducen las obligaciones que ha de cumplir la sociedad para con la familia y los deberes de la familia para con la sociedad, obligaciones y deberes a los que corresponden correlativos derechos.

La familia cumplirá su obligación respecto de la sociedad si realiza su misión específica familiar, si contribuye a las cargas comunes y colabora al bien común. La familia tiene una misión social que cumplir, una serie de responsabilidades sociales; aun como ser religioso tiene una proyección eminentemente social. La familia es como el eje de los demás tipos de sociedad, ninguno de los cuales vive ajeno a la institución familiar, antes bien ha de guardar con ella relación estrecha, verdadera e íntima armonía y solidaridad perfecta. Por eso creemos que puede aceptarse como método de estudio de la misión social de la familia, el que irradie de la propia familia, sociedad primaria, y alcance con las luces de su foco de vida hasta los límites máximos de la sociedad que funde tierra y cielo. Por eso hay que considerar la misión social de la familia en el primario de sus círculos concéntricos: la propia familia.

Los padres de familia han de atender, pues, en primer lugar a la organización social del hogar, a la formación de un ambiente social en medio de su familia, lo cual supone una obra de esfuerzo personal, el ejercicio de los derechos educadores que les concede la naturaleza. Se trata de ver cómo se puede introducir en la familia un espíritu social, a base del ejemplo dado por los mismos padres en el seno de su mismo hogar.

1. *La familia como educadora social.*—La familia ha de preparar a sus miembros en orden a la formación de su sentido social y el cumplimiento de sus deberes sociales. Por eso, como fundamento hay que procurar que todos los miembros de la familia estén sujetos a la atmósfera de un ambiente social familiar, de modo que la familia se pueda llamar y sea verdaderamente social. Es verdad que la escuela, la Iglesia con sus instituciones y otras asociaciones contribuirán a la formación social de los miembros de la familia; pero ésta ha de ser la primera en organizarse de tal modo que a su calor se desarrolle el sentido social.

En la familia se tiene el aprendizaje de la vida social. Una familia bien organizada según los principios cristianos del derecho natural ya constituye una fuerza educadora y, como toda sociedad, puede y debe ser un centro de educación social.

Para el ejercicio de esta misión social educadora es imprescindible el ejercicio de la autoridad. Cuando se registra una crisis de autoridad en la familia, hay crisis de vida social familiar. La familia en que la autoridad no se impone y no se hace obedecer hace automáticamente seres incapaces de sacrificio y de solidaridad, caprichosos y egoístas, o aventureros, u hombres sin espíritu de iniciativa y de energía. Se desperdicia el valor social de la obediencia y por eso salen de la familia sujetos de tan poco valor social. En cambio, con una buena autoridad la familia se convierte en una escuela originaria ejemplar. Se desarrolla en ella como un centro de educación, y por tanto, también de educación familiar, ya que el fin primario del matrimonio es la educación de los hijos en todos los aspectos.

El respeto a los padres tiene un alto valor social. Dios ha querido transparentarse y como proyectarse en la familia por medio de los padres, para que aprendiese el hombre desde su misma infancia las lecciones de reverencia, de jerarquía, de sujeción, de orden, sin las que ni siquiera se concibe la sociedad. Si Dios no hubiese hecho de la familia la primera escuela de respeto, le hubiese faltado a la sociedad lo único capaz de sostenerla, que es el nervio que ata el mundo moral a Dios. Por la vía de los padres Dios ha impuesto a los hijos las grandes ideas que son el soporte de la vida social.

Padres e hijos han de pensar en este valor social del respeto: los padres, para merecerlo; los hijos, para no infringirlo. La sociedad es una familia inmensa donde las diversas autoridades no son más que una participación de la autoridad paterna; los súbditos, hijos de la gran familia, deberán inclinarse ante la autoridad social. El día en que la familia no sea la oficina del respeto habrá llegado la ruina de la sociedad. En la familia, escuela de virtudes sociales, la libertad del hijo deberá someterse al contraste de la autoridad para que aprenda a obedecer y ofrecer un día a la sociedad el don de una vida disciplinada, única forma de las virtudes útiles. Así los padres con la fuerza dulce y eficaz de su autoridad disciplinan la vida del futuro ciudadano.

Los padres son los primeros maestros de sus hijos, los primeros que cuidan de su educación moral y social. La familia se hace una escuela de buenas costumbres no sólo para los niños, sino aun para los hombres maduros. La vida familiar es apta para estimular a sus miembros a las virtudes y para apartarlos de los vicios. Las pasiones son refrenadas en el ambiente familiar, ya por respeto a la propia dignidad, ya por temor o reverencia de la autoridad de los padres, ya por cariño y consideración a las hermanas y hermanos. Muchas malas acciones han sido impedidas por el recuerdo del apellido, por el sentimiento de la decencia familiar, por el buen nombre de la casa. Y no pocas obras se han acometido por el honor de un título o por la reputación de una casa. Sólo por esta obra moralizadora merece la familia las más importantes atenciones de la sociedad.

La expansión social de los hijos no es más que un aspecto de su for-

mación moral íntegra, ya que los deberes sociales son esencialmente morales. Por tanto, la misma familia por su naturaleza es la primera gran educadora del sentido social. En el interior de este pequeño mundo, donde las alegrías como los sufrimientos, las decepciones como las esperanzas son vistas en común, donde la felicidad de todos está hecha de la renuncia y de la buena voluntad de cada uno, el hijo, ante el espectáculo de estas queridas existencias que se unen y mutuamente se sostienen, ante la vista de todas estas actividades que trabajan juntas para la prosperidad del hogar común, es conducido naturalmente y de la manera más eficaz y más dulce a tener conciencia de los innumerables lazos de dependencia mutua que relacionan a los hombres entre sí, a constatar las solidaridades humanas que constriñen al hombre a engrandecerse y a perfeccionarse sirviendo a causas que le sobrepasan.

2. *Fuerza social del amor familiar.*— Toda la educación social de los hijos se puede decir que se reduce a la educación de su amor, de su caridad. El sentido del amor, el culto mismo de las legítimas tradiciones se despierta espontáneamente en el hijo, en esta atmósfera especial, donde piadosamente se conserva la memoria de los seres desaparecidos que, en otro tiempo, han engrandecido y sostenido la fortuna del hogar, mientras que laboriosamente se prepara en él el porvenir de los que deberán conservarlo mañana. Y así se va desarrollando en los corazones el amor, esta inefable necesidad de dar y de darse a los otros, esta perfección suprema del ser, esta desbordante plenitud que hace de él como de Dios una fuente que mana perpetuamente, capaz de derramarse sin cesar, nunca capaz de agotarse. Este amor verdadero es el que permite al hombre dar de sí todo lo que puede; es el que abre, a través de las espesuras del egoísmo natural, la brecha viva de donde brotarán, de los más profundo del ser humano, los más maravillosos ímpetus de que es capaz; es lo que multiplica sus energías, lo que le arranca en cierto modo a sí mismo, lo que le levanta por encima de sus estrecheces personales, lo que lo arrebató hasta las alturas sublimes del sacrificio y del heroísmo y le confiere esta suerte de potencia creadora que le permite sobrevivir en su obra.

En la familia, después de la vida religiosa, es donde el amor reviste su forma más elevada. Si la familia reposa toda entera sobre la unión conyugal, ésta reposa, a su vez, sobre el amor de los esposos. La familia está construída toda entera sobre este don mutuo y total de dos seres humanos. La familia es el fruto del amor, antes de ser el principio y el hogar. El amor la funda, el amor la puebla, el amor la conserva, le guarda su fisonomía secular, la consolida para el porvenir e impera en las manifestaciones familiares. El hogar familiar es el dominio, el reino, el imperio del amor. El amor es el sol y la vida de este universo encerrado. Irradia en él con toda pureza. Reviste todas las formas más magníficas y conmovedoras. El amor conyugal o paterno, el amor filial o fraterno somete a sus ardores concentrados al ser humano todo entero, para modelarlo, reducir sus aspe-

rezas, suavizar sus rudezas, fundir sus egoísmos, contener sus impetuosidades, estimular sus lentitudes, despertar sus generosidades.

Por eso, ante todo hay que infundir en los hijos el amor al hogar. Luego viene el cultivo en los hijos de las virtudes que condicionan la felicidad doméstica; esto es, el espíritu de trabajo y el espíritu de economía, el amor y la entrega desinteresada y sacrificada respecto de los demás miembros de la familia, la confianza mutua y la generosidad en las múltiples ocasiones que ofrece la vida familiar.

3. *Virtud educativa del ejemplo.*—La virtud educativa de un hogar proviene menos de sus lecciones que de su atmósfera. Bajo la influencia de los padres, los hijos pueden contraer felices costumbres de pensar, de sentir, de obrar que les predisponen a recibir bien las tesis sociales correspondientes, ya puestas en práctica antes de presentárselas en fórmulas. El ejemplo de los padres es una gran fuerza de educación social.

Hermoso ejemplo el de un padre que en el hogar siempre se muestra como un hombre de elevadas miras, de corazón generoso, de espíritu eminentemente social, como un hombre que en su profesión se presta siempre a servir más que a ganar dinero. El niño, el hijo se acostumbra así a considerar más tarde su oficio o carrera como un futuro servicio social. Se le habrá librado de las miras egoístas, se habrán depositado en él fermentos de una fecunda sociabilidad para el día de mañana en el ejercicio de su vida profesional, en sus relaciones con las instituciones y obras sociales y en su servicio a la sociedad, a la patria y a la humanidad.

Por su parte, la reina del hogar ha de procurar hacerlo alegre y atractivo, adornándolo de todos aquellos elementos que inspiran a los suyos simpatía para con la convivencia familiar. Si la casa está limpia, ordenada y alegre es a propósito para practicar en ella la convivencia social y la hospitalidad a base de los amigos y conocidos, con lo cual la familia se abre a las relaciones sociales.

A su vez, la familia se ha de proyectar al exterior para practicar las virtudes sociales, como la visita a los enfermos, parientes o amigos, la participación vivida en instituciones sociales y de beneficencia. Así los hijos con estos ejercicios aprenderán a preocuparse de los otros y a hacer lo mismo por su cuenta.

4. *Ventajas de la familia numerosa.*—La familia es una escuela de responsabilidades porque despierta en los niños la conciencia de los resultados y de las consecuencias de sus actos en los demás. De aquí la ventaja de las familias numerosas, siempre que sus fundadores tengan los medios materiales y las fuerzas morales necesarias para formar el sentido social, porque entonces la familia es un microcosmos social donde hay diversas funciones que cumplir, servicios que prestar, choques, desigualdades que aceptar, responsabilidades grandes y pequeñas, que son un verdadero aprendizaje de justicia y caridad. Los padres han de desear que aquel al que llaman su

hijo sienta tener a su lado, en el hogar, compañeros en todos los instantes, amigos naturales, y un hermano es un amigo dado por la naturaleza.

En las familias numerosas, cada uno de los hijos se convierte en auxiliar de los padres en la obra de la educación. Cada uno de ellos es, con respecto a sus hermanos y hermanas, una ocasión de dominarse, de amar y de sacrificarse. Son las familias numerosas escuela de las virtudes sociales más fuertes y más delicadas, no merced a una enseñanza teórica y de preceptos, sino mediante lecciones de cosas variadas hasta el infinito y que siempre están al alcance de los niños. En el regazo de la familia, y cuando el niño es moldeable como la cera, aprende a adaptarse a otros, a suavizar las propias asperezas, cosa que más tarde le será necesaria en la vida, pero que se hace sumamente dura y amarga cuando tiene que aprenderse tarde. A esto se une el que en las familias numerosas, como en general no ha de existir la abundancia, los niños aprenden desde temprano a economizar, a saber vivir con poco y a ser felices ellos y a hacer a otros felices no con los bienes exteriores, sino con la riqueza interior del alma.

Los padres aplicarán en los hijos una verdadera justicia que implica un amor igual para todos y una ley no tenaz, sino flexible, fundada en la desigualdad de las naturalezas. La justicia igualitaria, al omitir las diferencias personales, llega con frecuencia a las más inaguantables injusticias. Pero hay que evitar preferencias que socavan la autoridad de los padres y producen en los hijos animosidades que se pueden perpetuar en el curso de la vida. Los padres, al amar a sus hijos con un amor igual sin acepción de personas, serán para ellos los medios de una justicia soberana, misericordiosa para con los débiles y llena de severidad para con los fuertes.

Las querellas y discusiones de los hijos son elementos indispensables a la educación. Por ellas se dan a conocer los hijos tales como son, con sus pasiones buenas y malas y las reacciones posibles de su natural. El padre y la madre se encuentran a la cabeza de un reino en el cual se manifiestan el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto. Jefes de una tribu algo salvaje, ven cómo los hijos se mueven, se turban, disputan; ejercen su soberano dominio para ayudar a ese pequeño mundo a poseer conocimiento de las realidades de la vida moral. Les enseñan a respetarse, a ayudarse mutuamente, a amarse. Como cada uno muestra sus pasiones individuales, los padres están en condiciones de descubrir las consecuencias del orgullo o de los celos, de la bondad o de la maldad, del espíritu de rectitud o del disimulo. Cada cual se verá orientado hacia su índole propia y aprenderá a corregirse y a enmendarse. Se prepara así una generación de hombres justos y fuertes, capaces de dominarse y de ejercer su poder personal con miras al bien común. La familia numerosa aporta a la sociedad inmensos bienes, no sólo por razón del número de los hijos, sino también por razón de sus mejores condiciones.

Lo que decimos del valor de los hijos educados en una familia numerosa no se aplica sino a las familias que tienen numerosos hijos por una

voluntad consciente y reflexiva. No se trata de las familias numerosas que lo son por efecto del instinto ciego; en este caso fácilmente la autoridad no sabe guiar ni alentar; entrega a cada cual a sus instintos y no sabe descubrir las energías para utilizarlas. En cambio, en la familia consciente el padre ejerce la plenitud de su autoridad y la madre la plenitud de su abnegación. Ambos están destinados a consagrar lo mejor de sus fuerzas para formar hombres de voluntad y de conciencia. La familia es entonces una fuerza social; si un miembro fracasa, sus hermanos le sostienen.

5. *Desventajas del hijo único.*—Sin duda, cuando en el hijo único no hay responsabilidad moral de los padres, éstos podrán suplir con otros recursos la insuficiencia en orden a su educación social.

Pero Dios, cuando concede un grado mayor de fecundidad, da también a los padres una mayor medida de amor. Y si esta cantidad de amor destinada para un mayor número de hijos se emplea en uno solo o en dos, hay ahí un derroche y un exceso, de donde resultan dos males: el uno, el mimo excesivo y la afeminación de los hijos; el otro, una gran ingratitud y egoísmo de parte del hijo excesivamente regalado y mimado. Si se condena al hijo a vivir solitario, no sólo se priva a su joven corazón de afecciones legítimas y muy dulces, sino que los mismos padres, impidiendo que el sentido social se expandiera en la familia, se exponen a faltar a su fin, que es preparar y cultivar con esmero un ser social. En familias casi estériles no se despierta ni se desarrolla el espíritu de solidaridad, pues todo tiende al desarrollo exclusivo de la propia personalidad, y ésta es a menudo mal comprendida. Por el ejemplo de los padres los hijos se preparan para vivir su vida sin jamás preocuparse de cuidados inútiles, y su egoísmo cuidadosamente cultivado se prepara para quedar estéril a su vez.

Los graves problemas sociales de todo género planteados en nuestro tiempo postulan hombres emprendedores, resueltos, formados en la decisión, templados para la acción, acostumbrados al esfuerzo, habituados a olvidarse de sí mismos y a vivir para el prójimo, a llevar valerosamente graves y pesadas responsabilidades, y todo eso se encuentra seriamente comprometido en la familia voluntariamente estéril o casi estéril, pues a los pocos hijos en ella nacidos, la vida se les hace demasiado fácil y demasiado dulce, exenta de todo riesgo y de todo esfuerzo. Cuanto menor es el número de los hijos que hay en el hogar, más expuestos se hallan a contraer la enfermedad del egoísmo. Niños ha habido que se daban a sí mismos el parabién de ser hijos únicos, porque como tales acaparaban las caricias y los desvelos de los padres, y con calculada frialdad echaban ya desde muy niños sus cuentas, para deducir que el todo es mayor que las partes, y que, por ende, herencia repartida es herencia menguada. Los padres, por su parte, atormentados por la constante preocupación de no perder al hijo único en quien ha de revivir su nombre y su raza, le envolverán en una ternura indiscreta y torpe y estimularán todos los gérmenes egoístas que dormitan en esta alma de niño, y en justa reciprocidad recibirán más tarde,

como consecuencia del incentivo que dieron al egoísmo del niño, ingratitud, olvido y abandono.

Aunque el niño sea obediente y respete la autoridad de los padres, nada prueba que sabría considerar a sus iguales y practicar el bien con hermanos más jóvenes o de más edad. Lo docilidad que muestra respecto de sus padres no es garantía de lo porvenir, ni permite saber cuáles serán sus disposiciones cuando se halle frente a los conflictos y obstáculos de la vida. Tal vez es un ser débil incapaz de luchar contra las dificultades y de defenderse de las injusticias. Quizás es un hombre de voluntad, pero no habiendo tenido que someter nunca su voluntad ante sus iguales, será naturalmente dominadora y egoísta; siempre se creará perjudicado y abrigará la pretensión de identificar la justicia con su voluntad personal. En vez de realizar la justicia social, la contradice, porque sólo se preocupa de sí mismo. El mal ha germinado en su corazón, porque siendo niño, no ha experimentado la oposición de sus padres a los excesos posibles de su personalidad.

6. *Los defectos sociales de la familia.*—La familia ha de evitar el incurrir en defectos sociales que pueden poner en peligro la recta orientación social de los hijos.

Hoy la familia no puede vivir encerrada en sí misma. La actitud de otros tiempos quizás fué útil, porque libró a la civilización de tempestades sociales. Pero hoy se impone la rectificación de aquella conducta. La familia tiene repercusiones sociales, ha de ser abierta y estar dotada de dinamismo social. Ni su propia expansión interna puede lograr la familia si se repliega sobre sí misma. La familia que se abre al resto de la sociedad puede dar a sus miembros todo lo que tienen derecho a esperar de ella.

No cabe duda que la familia posee fuertes tendencias centrípetas. Algunas llegan a formar un mundo pequeño aparte, separado de su medio; cuanto más felices son, tanto más celosamente vigilan y guardan su felicidad; quisieran aislarse, formar como una pacífica isla de bienaventurados, donde, cuando mucho, sólo desde lejos podrían enviar su eco las cosas de este mundo, pero sin perturbar su paz, al contrario, haciéndola resaltar más todavía con los contrastes del mundo.

La falta de contacto con un mundo distinto ha llegado a ser en ciertos medios una de las cláusulas esenciales del reglamento de la buena sociedad. Están estas familias tan acostumbradas al bienestar que acaban por hacer creer que un tal estado de cosas es tan natural como el que otras familias de otras clases, de otro mundo, tengan que trabajar y ganarse el pan con el sudor de su frente, sin seguridad del mañana. La interpretación brutal de las desigualdades sociales favorece singularmente el desarrollo de gérmenes egoístas. Como consecuencia de estos ejemplos, el niño llega a convencerse de que los hombres están divididos en dos categorías: los que sufren y los que gozan; y bajo la mirada complaciente de sus padres se va acostumbrando a ser inconscientemente sí, pero cínicamente egoísta. Si la familia es cristiana, ha de tener el cuidado de no replegarse sobre sí misma. El bienestar

y la dulzura del vivir que las familias pudientes procuran a los suyos serían tentaciones de egoísmo colectivo, si el hogar no se abriese al mundo exterior, donde otros penan, sufren y mueren.

Además, si la familia es el medio normal de la formación del hijo, es fácilmente el medio de conservación y de desarrollo por excelencia de una multitud de prejuicios, tanto más peligrosos cuanto menos discutidos. Es un hecho bien conocido el que un individuo de una clase social cualquiera, más que tener ideas propias, tiene las ideas que concuerdan con lo que se piensa en su clase o medio social.

¿Cuántos padres se han pedido cuenta a sí mismos del valor o de la calidad de las ideas o de los prejuicios de que está hecha su mentalidad profunda, desde el punto de vista social? Jamás han hecho la crítica de lo que llaman sus principios, los principios de la familia. Jamás han tenido la idea de contrastarlos con el pensamiento cristiano. Si se les contradice, condenan lo que choca contra sus prejuicios.

En familias burguesas, el padre o bien se desinteresa de las cuestiones sociales, o sufre pasivamente la influencia, esencialmente antisocial, de su medio burgués, o bien por su profesión está obligado a una actitud: como casi siempre se encuentra del lado del capital, juzga habitualmente sin mansedumbre el mundo del trabajo, lo juzga sin competencia y sin objetividad; de él conoce sobre todo las reclamaciones; con él se encuentra en conflicto de intereses. Hay padres que se quejan ante sus hijos de las estupideces o de los defectos que exageran y generalizan de sus subordinados o trabajadores que emplean o mandan. La madre, por otra parte, muy orgullosa de formar parte de la llamada sociedad, tiene sobre todo la preocupación, muy legítima, de educar a sus hijos de manera que no bajen socialmente. Mas el trabajador es para ella a menudo un ser grosero, sucio, un desgraciado sobre todo por sus vicios y cuyo contacto hay que evitar a sus hijos; y a veces trata a sus domésticos como no aconseja que sus hijos traten a los obreros. A tal mujer le parece que los deberes sociales no consisten sino en distribución de alguna limosna a las familias enfermas o necesitadas.

Enumeremos otros defectos sociales. El afán desmedido de riquezas es una fuerza centrífuga que desplaza el centro de gravedad de muchas familias, que es el hogar; el afán de dinero pacta matrimonios de conveniencia, se juntan fortunas, no seres humanos; el afán de riquezas invita al lujo fastuoso y el despilfarro malversa los fondos de que se nutren la equidad y la caridad en las relaciones sociales; los gestos clamorosos son un escándalo social y llevan al fermento terrible de la lucha de clases; algunos hacen ante sus hijos hasta la apología de la riqueza como condición de la felicidad y como signo principal del valor social de los individuos.

Hay padres y sobre todo madres que apartan más o menos abiertamente a sus hijos de las obras sociales y los animan al deporte y a ir al mundo, bajo pretextos engañosos de evitar la fatiga o las enfermedades o la pérdida del espíritu familiar. A veces los padres hasta han protestado contra la en-

señanza social dada a sus hijos en las escuelas o colegios. A veces con su actitud las familias impiden esta enseñanza social; son escuchadas porque pagan, y a menudo son de un feroz conservadurismo social.

Todos estos ambientes familiares, si no se rectifican a tiempo, acaban por deformar el sentido social de los que en ellos se educan. En tales ambientes, los jóvenes, aunque hayan adquirido algunas nociones sobre las cuestiones sociales, generalmente no poseen más que ideas erróneas, más peligrosas aún que una entera ignorancia. Por eso, por ser a veces la familia el obstáculo principal para el desarrollo del sentido social de los jóvenes, algunos propugnan su formación social acentuada en otras instituciones, para contrarrestar de alguna manera el egoísmo colectivo familiar que respiran en el hogar.

7. *La ley del trabajo en la familia.*—No tiene poca virtud educativa social el que el trabajo se convierta en ley de la familia. Antes que reclamar sus derechos ante la sociedad, la familia tiene que poner su trabajo. En el orden de la civilización en que vivimos, el trabajo es condición indispensable para el bienestar de la familia y su expansión social. El trabajo es una ley social, y más en las sociedades progresivas, porque la sociedad no puede vivir sin afrenta, si no gobierna todos sus movimientos la ley implacable del trabajo. Y siendo la familia célula de la vida social, el trabajo ha de ser familiar.

Para que exista unión en todos los miembros de la familia es preciso que todos, grandes y pequeños, queden sometidos a la ley del trabajo, cada uno según sus aptitudes y su edad. Si no ocurre así, el sentimiento de familia queda roído por una llaga secreta que lleva normalmente a la separación de los corazones. El afecto de los desocupados termina por fatigar. Los excesos tiránicos de las mujeres en su afecto para con los maridos provienen a veces de que están desocupadas. Si el hijo contempla la ociosidad de los padres, su voluntad no puede formarse para el esfuerzo, se siente sublevado y alborotado, si él se ve sujeto todos los días al cumplimiento de deberes penosos, mientras sus padres se aprovechan de la vida y hacen prácticamente lo que les place. La idea de que una persona debe trabajar y prestar servicios al prójimo, ni siquiera entrará en sus preocupaciones. La desocupación de los padres no sólo es peligrosa para su vida moral sino más todavía para la vida moral de los hijos. El ocioso no se encuentra a gusto en un hogar que acaba por fastidiarle. Las distracciones que busca fuera destruyen las cualidades morales necesarias para la vida familiar, y de cualquier manera que sea, se aparta de la unión y de la intimidad que deben reinar en el círculo hogareño. En cambio, el trabajo y los esfuerzos del día hacen apreciar y gustar mejor la paz del hogar y el cariño de los que forman la familia. El hogar se le presenta tibio y reconfortante al que, durante horas enteras, se ha entregado a un trabajo, con frecuencia duro y penoso.

En el hogar modesto el trabajo será pan que necesitan los hijos jóvenes y que devolverán a sus padres cuando no puedan éstos sostener las herra-

mientas de su trabajo; es caudal que se necesita para la educación de los hijos; es orden y comodidad en el ajuar de la vivienda; es disciplina de la vida familiar; es bocado que sujeta el corcel fogoso de las pasiones que forcejean para desencadenarse en el seno de la familia, como en todas partes; es cura del tedio y de todos los vicios; es ahorro para la vez, el porvenir de los hijos y factor de progreso social. Los esposos se han de ayudar a sí mismos, se han de ingeniar para aumentar sus recursos, privándose a veces de satisfacciones que no son indispensables, a fin de reducir sus gastos y conformarse en no dejar para los hijos una situación que les dispense de esfuerzos. Son muchos todavía los hogares en que los esposos, gracias a sus esfuerzos generosos, sostenidos y estimulados por la confianza en la providencia divina, han encontrado el medio de llevar alegremente la carga en algunos momentos muy pesada, de una posteridad numerosa; hogares en que se ha visto resolver como por encantamiento el problema aparentemente insoluble.

Si el hogar es rico, es decir, si el trabajo propio o ajeno ha acumulado la riqueza en sus manos, también ha de trabajar para conservar y mejorar su riqueza, con tal que se salven las exigencias de la justicia y de la caridad. Han de trabajar estos hogares para dar trabajo, para aumentar el bienestar público; han de trabajar para la casa desamparada, para el templo pobre, para esas instituciones de la caridad cristiana que no pueden vivir sin su apoyo. Han de llevar una vida sobria en la familia y enseñar en ella las lecciones de la sobriedad. Piensen que el ejemplo de haraganería de ciertos ricos, jóvenes y gente madura, es el que alimenta el espíritu revolucionario.

El trabajo es, pues, una ley familiar tanto en el hogar pobre como en el rico, puesto al servicio sobre todo de la procreación y de la educación de los hijos. Para ello los padres han de poner este trabajo y el ejercicio de una profesión al servicio de una buena organización del hogar. Para ello, los padres tienen que fijar una medida razonable de sus necesidades; se trata, evidentemente, de una apreciación moral que puede ser delicada y difícil, que no comporta una precisión rigurosa y matemática. Hay que tener en cuenta el medio social y el género de vida, el estado general de las costumbres y el grado de civilización. Varios ejemplos podrían hacer comprender que hay siempre un límite, variable según las épocas y los ambientes, por debajo del cual no es posible comprimir las exigencias materiales de la vida. Pero esto basta para comprender que depende de las familias el no ensancharlas de una manera excesiva. En muchos ambientes hay necesidades ficticias que en realidad no lo son y que oponen al desarrollo de la vida una resistencia que nada justifica; para desaparecer bastarían concepciones más justas y más sanas, gustos más sencillos y más modestos.

Cabría ahora hablar de los medios prácticos que pueden usar los padres en la educación social de sus hijos, después que ellos mismos se muestren ejemplarmente sociales. Pero ello será el objeto de otro estudio.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.